

Una cáscara de nuez
bailando en el
golfo de México

Milagros Gálvez Aguilera



Una cáscara de nuez
bailando en el
golfo de México

Una cáscara de nuez
bañándose en el
golfo de México

Milagros Gálvez Aguilera



Edición: *Isora Gutiérrez Romero*
Diseño y realización: *Lozano y Francy Espinosa*
Ilustración de cubierta e interior: *Luis Bestard*
Foto: *Archivo de la Casa Editorial Verde Olivo*
Corrección: *Idania Hernández García*

© Milagros Gálvez Aguilera, 2012
© Sobre la presente edición:
Casa Editorial Verde Olivo, 2012

ISBN 978-959-224-307-1

Todos los derechos reservados. Esta publicación
no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
en ningún soporte sin la autorización por escrito
de la editorial.

Casa Editorial Verde Olivo
Avenida Independencia y San Pedro
Apartado 6916. CP 10693
Plaza de la Revolución, La Habana
Correo electrónico: volivo@unicom.co.cu

Proa a la libertad

Si mi estimado fabricante
supiera lo que hoy soy,
querría sacarme de aquí,
llevarme adonde no voy.

Quizás lo haya pensado
algunos de sus parientes,
rumiando con pobre mente,
que me encuentro encerrado.

Yo sé que fui diseñado
para pasear por las costas,
en mares nada encrespados,
en playitas no angostas.

Pero, repetir ese gran viaje,
volver a ofrecer garantías,
es mi sueño con bagaje,
similar en travesía.

De soportes, fuerte aliento,
entre tantas marejadas,
y testigos muy virtuosos,
son las propias Coloradas.



Hoy medito muy contento,
en mi grandiosa morada,
sobre la gesta, cimiento
de tan hermosa arrancada.

Y vivo lleno de orgullo
como allá, en plena mar,
pues honro y me honra el museo
que supimos conquistar.

A esos falsos herederos
solo les quiero decir:
siento ganas de vivir
en proceso verdadero.

Surcando mares sinceros
y de ideas libertarias,
divisando un lucero
y la estrella solitaria.

Navegando desafiante,
proclamando la verdad,
marchando siempre adelante,
¡con proa a la libertad!



CARLOS GÁLVEZ AGUILERA



Nací en un astillero, dicen que en la Florida, dicen que en la Luisiana, de verdad, de verdadita que ya no me acuerdo de nada.

Solo sé que me trajeron para México cuando apenas tenía diez años, y por cierto me llamaban por un nombre que no me gustaba nada, porque era de hembra y yo me sentía muy, pero que muy remacho. ¡Ah! y como si fuera poco, ese nombre me hacía sentir muy viejooo.

¿Sabes tú cuál era ese nombre?

Pues en el inglés que hablaban en mi país quiere decir nada más y nada menos: abuela.

¡Qué horror!, hasta hoy me he sentido abochornado con este nombre, llegué a pensar que quizás un día hasta podía cambiármelo por otro como: Titán, Hércules, no sé, por cualquiera que solo de oírlo, a la gente le inspirase respeto o al menos dijera: ¡Qué nombre más ilustre!

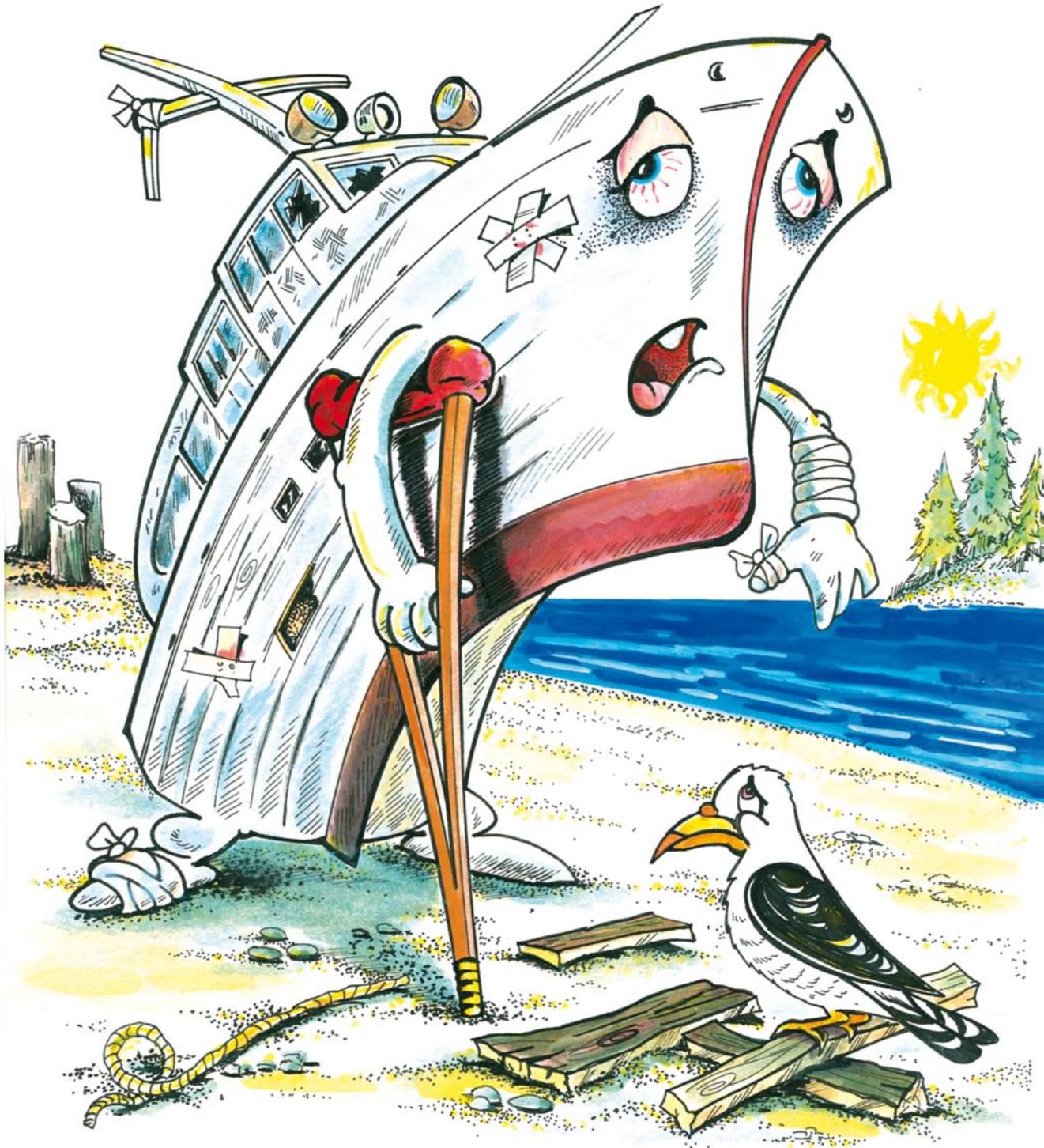
O tal vez: ¡Mira ese barquito, qué gran nombre tiene, es orgullo para toda la marinería!



Pero no, no pude obtener otro, sigo llamándome *Granma*.

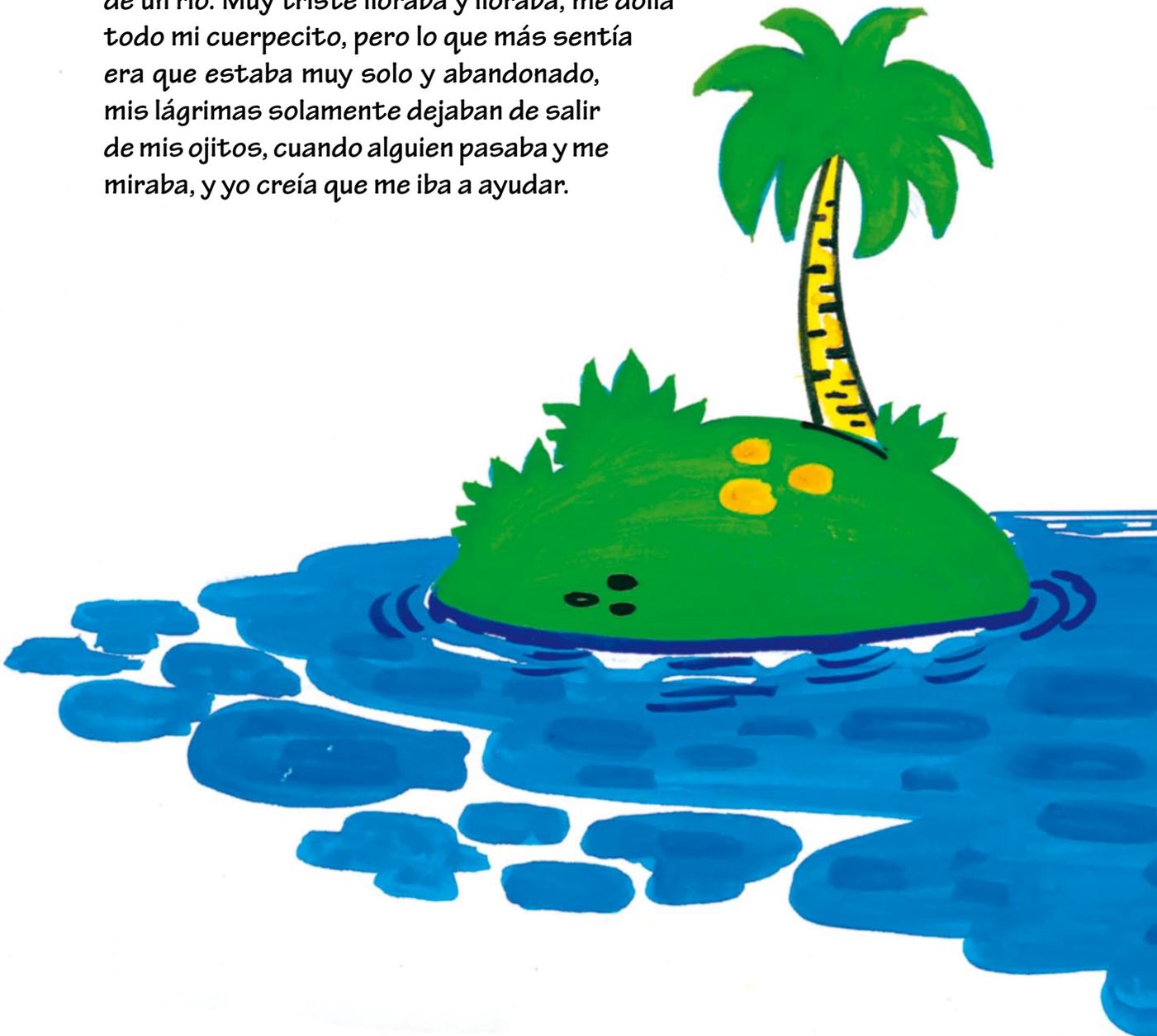
En México, mientras que no me acordaba de mi nombre, por supuesto, siempre estuve alegre y contento, me cuidaban, me mimaban, me limpiaban a diario y lo que es mejor, me llevaban a navegar en viajes de recreo, era muy feliz. Me utilizaban para ir, sobre todo, hasta la isla conocida con el nombre de Lobos.





Pero, un buen día, un ciclón se encargó de cambiar mi vida radicalmente. Me golpeó de tal manera que casi me deja destrozado. Me batió con tanta fuerza que todo mi entablado me dolía.

Fracturó mi mástil o palo para sostener la bandera que sobre él colocaban, era un desastre, en tan mal estado quedé que mi dueño ya no se interesó más en mí, me dejó a la orilla de un río. Muy triste lloraba y lloraba, me dolía todo mi cuerpecito, pero lo que más sentía era que estaba muy solo y abandonado, mis lágrimas solamente dejaban de salir de mis ojitos, cuando alguien pasaba y me miraba, y yo creía que me iba a ayudar.



Pasé un par de meses tumbado sobre mi lado derecho, de lado o escorado, como decían los marineros que me veían allí tirado, posición que, además de ser muy incómoda, me daba la sensación de que me iba a hundir al menor airecito.

Un día, apenas había abierto los ojos cuando un señor llamado Antonio del Conde me miró, y me miró tanto que pensé, a este parece que yo le caigo bien o me quiere ayudar, y así fue, me compró y me llevó a un hospital de barcos o astillero. Allí comenzó mi felicidad porque empezaron a curarme.

¡Y cuál no sería mi alegría!, cuando mi nuevo dueño vino a verme y dio unos golpecitos sobre mi cabeza, a la que ellos le dicen cabina, y después miraba y miraba cómo curaban mi carapacho, al que nombran casco, y a uno de sus lugares al que le llaman quilla.

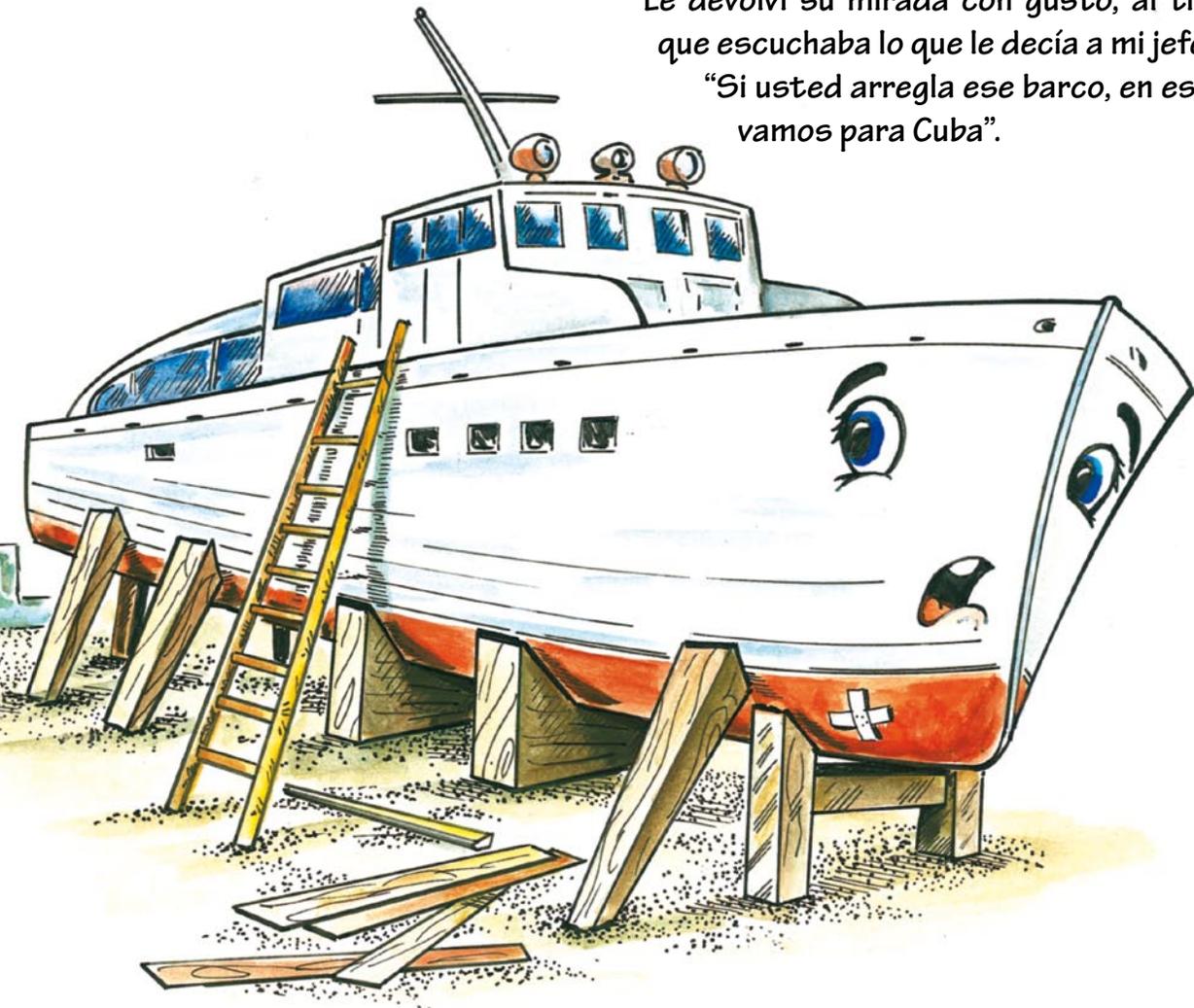


Yo aprovechaba para decirle: “Oye, jefecito, dile que no le sigan cambiando los nombres a mi cuerpo porque ahoritica ni yo mismo sabré cómo protestar cuando me duela la barriga”. Le repetí lo mismo una y otra vez, bien alto, pero mi jefecito no me hizo caso y se fue.

Otro día vino acompañado de alguien a quien le decía doctor para aquí, doctor para allá; yo pensé: “Ahora sí que me curará todito toitico”, pero no, no era doctor de barcos, era doctor de la justicia.

Lo recuerdo muy bien, joven y alto, con pelo casi negro, musculoso —era evidente que hacía deportes—, de mirar fijo, parecía que me iba a tragar o comer como si fuera un helado, pero no sé, a pesar del temor que me inspiró, cuando me miró por primera vez, sentí también una gran tranquilidad, sentí mucho respeto. Algo me decía que tenía ante mí a un amigo fiel, ese amigo que tanto quería tener, un amigo que nunca más me abandonaría.

Le devolví su mirada con gusto, al tiempo que escuchaba lo que le decía a mi jefecito: “Si usted arregla ese barco, en ese nos vamos para Cuba”.



Entonces grité: “¡Alaba’o, ahora sí que tengo un gran amigo!”.

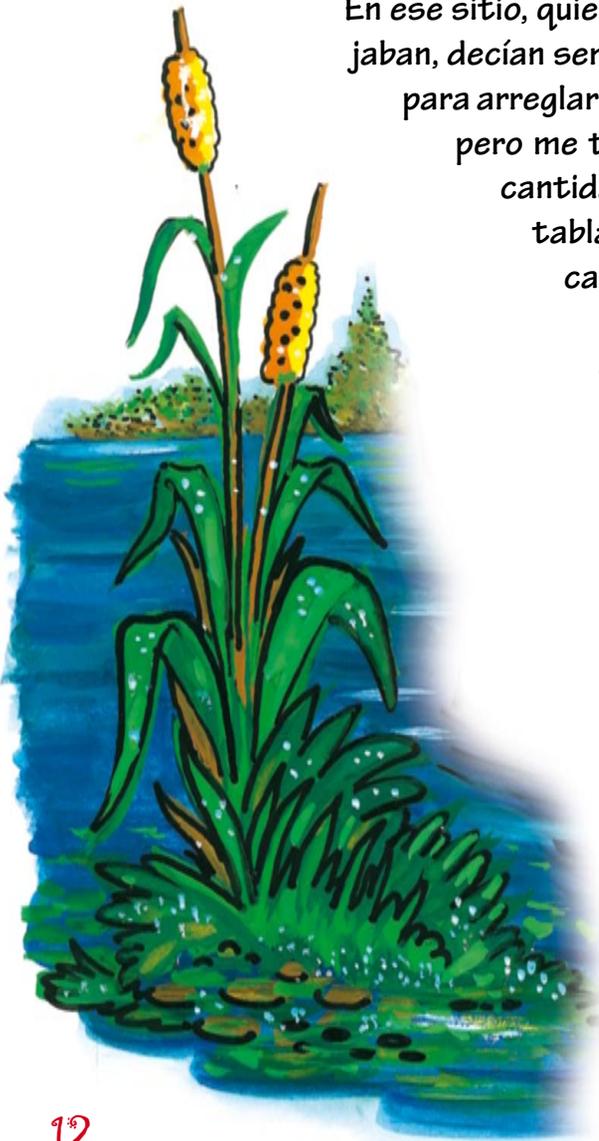
Por primera vez no me sentí abochornado ni por mi nombre ni por mi tamaño, pues al parecer, por lo que dijo, servía para llevar a este gran hombre hacia Cuba. Y ese doctorcito era grandeee.

Pero, ¿qué cosa era Cuba?, me pregunté al tiempo que dije: “No importa, lo que sea es mejor que estar solo, adolorido o triste”. Pero pensándolo bien, yo recuerdo esa palabra, sííí, ya me acuerdo, es esa islita a la que me llevaron una vez y entré a ella con tremendo miedo porque oí decir que era un caimán chiquito, y con los caimanes yo sí no juego. Bueno si esa es Cuba, entonces no me puedo quejar, iré, sí señor iré porque ya no le tengo miedo.

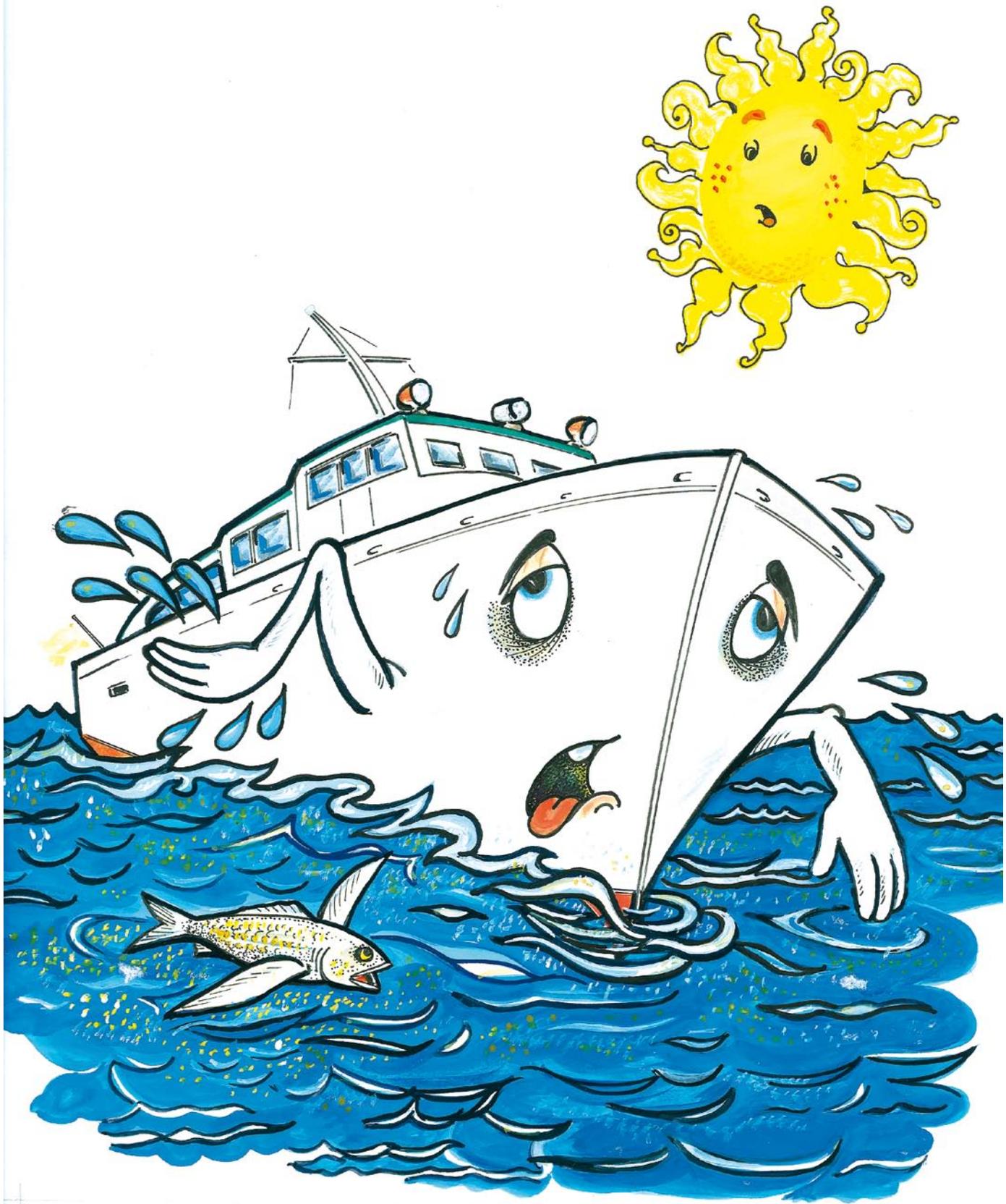
Los trabajos para tratar de componerme definitivamente, y para gusto del doctor, comenzaron en otro lugar adonde me llevaron, allí arreglaban los barcos rotos, lo llamaban varadero. Oí decir que era propiedad de un tal Arnulfo Pulido.

En ese sitio, quienes trataban de ponerme bonito se quejaban, decían ser pocos y no tener los equipos necesarios para arreglarme. Me asusté mucho al oírlos protestar, pero me tranquilicé cuando apenas con una buena cantidad de palos me cambiaron montones de tablas podridas, tablas que me daban una pizazón tremenda.

También me sustituyeron los motores, colocaron sobre mí tanques de combustible y agua, graduaron mi barriguita y yo pensé: “Ahora sí voy a comer bastante chocolate, pan con jamón y queso y mucha mantequilla”. Se me hacía la boca agua cuando pensaba en eso. ¡Ah!, y lo más importante, finalmente fui pintado de blanco, menos el techo de mi cabeza o cabina que le dieron color verde, al igual que una lista alrededor de todo mi cuerpo en el lugar que ellos llaman regala, cuando en realidad parece una cinta por toda mi barriguita.







Cada día me sentía con más deseos de volver a navegar, por eso no me daba cuenta de que el tiempo transcurría. Había pasado algo más de un mes. Mi contentura era grande, de nuevo limpio y sano, entonces le gritaba a todo el que pasaba: “¡Mira qué lindo estoy!, ¡mira qué lindo estoy!”.

Pero nada, ni siquiera me miraban, les gritaba con fuerza: “¡Oigan, compadres, es que no me ven!”.

Pero nada de nada, todos seguían su camino; me dije: “Gritaré y chiflaré a todo el que pase por mi lado”, y así lo hice para entretenerme un poco y, aunque no lo creas, vi algunos de los que se me acercaron saltar asustados ante mis chiflidos. Ah, ¿no me crees?

Al fin un buen día fui botado al agua y probaron río arriba los motores, me esmeré mucho para demostrarles mis condiciones marineras y lo logré. Por eso me llevaron de nuevo a pasear un poquito más lejos, a la isla Lobos. Allí sí que se armó tremendo alboroto.

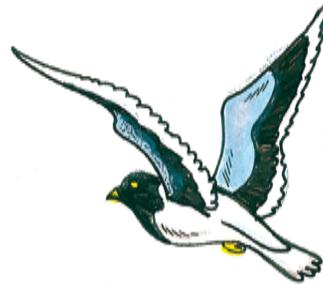
Oí cuando gritaban: “¡Mira, mira, son náufragos, vamos a recogerlos!”.

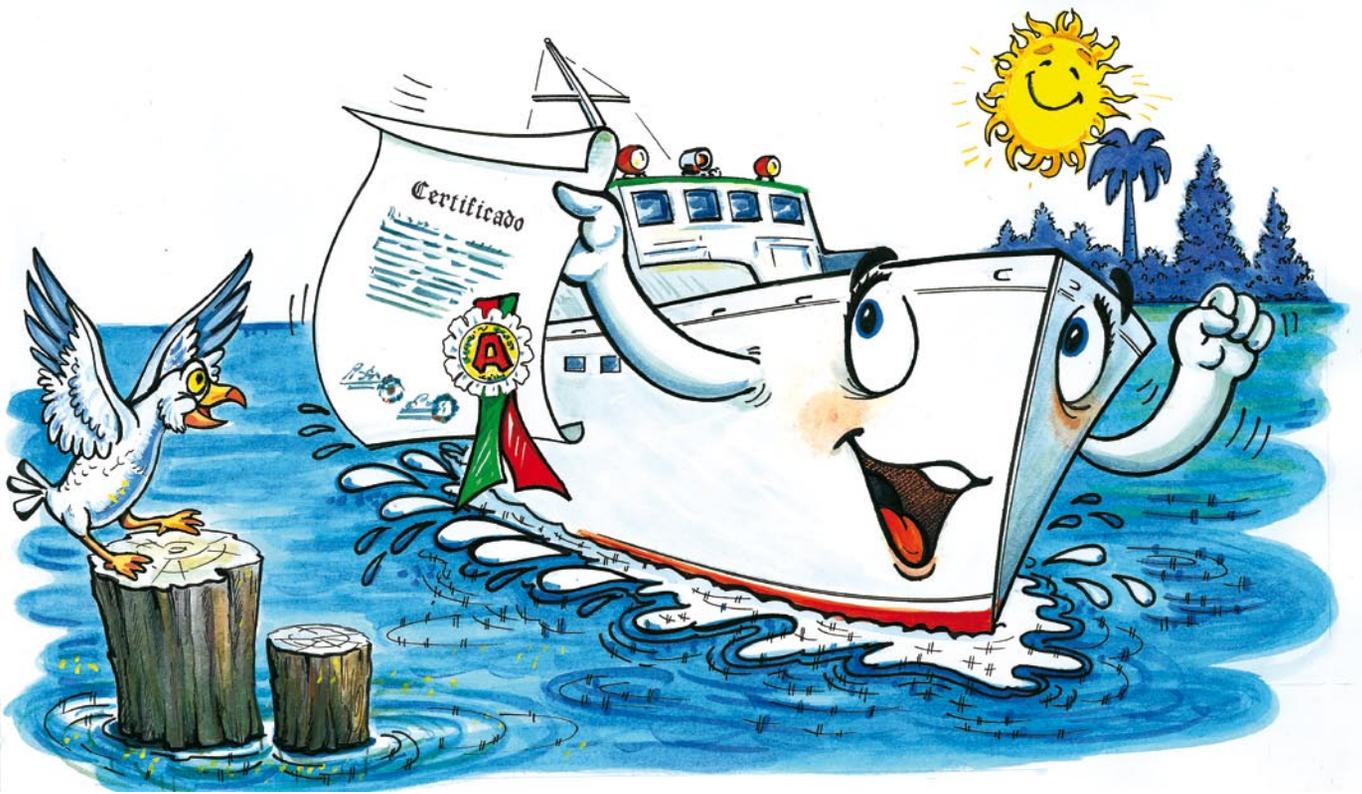
Y como siempre, yo sufrí las consecuencias, al rato sentí caer sobre mí a esos náufragos. “¡Uf!, se acabó el paseo”, me dije. Pero no, no fue tan malo porque cuando los escuché hablar de lo agrado que estaban, entonces me creí un Hércules, fuerte, fortísimo ¡Ah!, qué poco me duró esa felicidad, pues de momento comencé a sentirme mal, toda la cabeza me daba vueltas, pero me dije: “¡Primero muerto que desprestigiado!” , por eso saqué mucha voluntad, continué nadando o navegando, pero cada vez con menos fuerza.



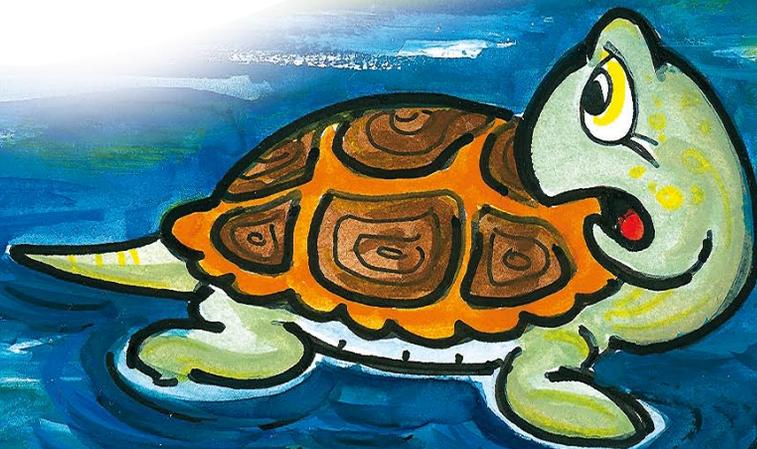
Y por fin llegué con mi carga hasta la orilla, ¡qué alivio!, después conocí el porqué de mi gran malestar, resultó ser que una pieza durante la navegación presentó grandes desajustes que se convirtieron en las molestias que tan mal me hicieron sentir.

Terminada todas las reparaciones, imagínense cuál no sería mi susto al escuchar que me iban a inspeccionar y si salía mal no navegaría más. No pude dormir durante toda la noche, pensaba en ese examen y estudiaba mentalmente para aprobarlo.





Fue tanta mi desesperación que no me percaté de la llegada del amanecer, ese 7 de noviembre de 1956 en el puerto de Tuxpan. Me sentía irritado, cansado y asustado, pero lo disimulé muy bien, tan bien, tan bien, que aprobé el examen con calificación de excelente y me entregaron de regalo un certificado que me autorizaba a continuar navegando como yate de recreo.





Ese día comencé a experimentar cierto orgullo, quería decirles a todos lo bien que me sentía, pero desgraciadamente nadie me escuchaba, al menos eso creí.

Días después sucedió algo que no he podido olvidar, solo tenía trece añitos, no quiero olvidarlo. Te lo voy a contar.

Casualmente escuché que iba a salir en viaje de navegación hacia esa isla que te dije, Cuba, recuerdo que me encontraba muy triste, pues era de noche, me sentía muy solo y tenía tremendo frío y tremendo miedo, casi terror, sobre todo, al imaginarme los tiburones. Nada más de pensar en ellos, se me erizaba todo el casco.

Lloraba, además, porque quería estudiar y conocer cada una de las palabras con las que denominaban mi cuerpo: popa, proa, cubierta, camarote, hélice, timón, puente, borda, máquinas y otras más.

Pero antes, déjame seguir contándote mi vida.

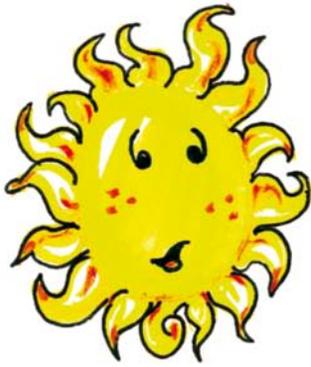
Yo sufría mucho, me preguntaba ¿cómo podía estudiar?, ¿quién me podría ayudar?, no sabía, no tenía la menor idea, de lo que sí estaba seguro era de que aprendería todas esas palabras, aunque tuviera que estudiar mucho, mucho, mucho, y entonces no habría otro barco que se pudiera burlar de mí, pues sería una embarcación muy marinera, de la que todos se sentirían orgullosos. Por otro lado, me prometí que evitaría en lo adelante sentirme tan solo y triste, sin amiguitos para conversar.

Mis lágrimas fueron tan abundantes esa noche, que no me di cuenta cómo ni cuándo, me quedé profundamente dormido.



Y fue entonces, durante el sueño, cuando mi tristeza se convirtió en una maravillosa alegría que me acompaña todavía, aunque ha transcurrido más de medio siglo. Pues resulta que navegaba tranquilo y de pronto salta frente a mí, una y otra vez, un delfín. Su color era de un amarillo lindo y brillante, parecido al del sol que me alumbraba siempre al amanecer y me cegaba por momentos en pleno mediodía.

El animal acuático, grande, alegre y juguetón, saltaba alto y en el aire batía sus dos aletas como si estuviera aplaudiéndome, por eso y por instantes, cada vez que el pez saltaba, yo sentía una cosquillita aquí en mi barriguita y un tuntún tan fuerte en el corazón que me daban unos mareítos de lo más rico. Al tiempo que, una frescura deliciosa bañaba casi por completo toda mi cubierta



y alegraba mi existir. Este deleite lo producía el agua de mar que salpicaba sobre mí, cada vez que el delfín se hundía dentro de ese hermoso mar que se llamaba océano, para volver a saltar en el aire y aplaudirme de nuevo.

Mientras mi vista seguía todos y cada uno de los alegres movimientos del delfín, me preguntaba mentalmente, una y otra vez: “¿Este será el amigo con quien podré conversar?”.



Parece que el delfín penetró mis pensamientos, porque, en cuanto me vio sonreírle se paró delante de mi naricita o proa, erguidamente, y me dijo:

—Yatecito blanco, vengo a decirte algo que te alegrará bastante, mañana por la noche, casi a esta hora te encontrarás navegando hacia un futuro luminoso, tanto o más luminoso que este bello color que la naturaleza me dio y que mucho te gustó al mirarme.

—Y ¿cómo tú sabes eso? —le pregunté.

El delfín me contestó:



—Porque cuando yo nací, en el fondo del océano, tropecé con un coral mágico que me transmitió sus poderes.

—¿Qué tipo de poderes? —le volví a preguntar.

—Chico, los de adivinarles a los demás su futuro con solo mirarlos fijamente.

—Y ¿cómo yo puedo comprobar que dices la verdad, que no mientes para ponerme contento? —le digo preocupado por la respuesta, porque en el fondo de mi corazón yo quería que fueran verdad sus palabras.

Por toda respuesta, él se sumergió y en su lugar apareció ante mi vista una urna de cristal y dentro de ella, majestuosamente me encontraba yo, y

no uno sino muchos, muchos niños me miraban con

cariño, con respeto, y con una gran

ternura en sus ojitos me decían

cuánto me querían.

Fue tanta la emoción que

sentí, que se me salió

una lagrimita de feli-

cidad, pero antes de

caer esta en el agua,

apareció de nuevo

el delfín, al tiempo que

la urna de cristal se

hundía poco a poco

dentro de una ola

tan blanca y espu-

mosa como los me-

rengues que sobre

mí comían mis anti-

guos dueños, cuando

iban de paseo.

Al verme llorar, el

delfín sonrió y me

sorprendí mucho,

mucho, porque a mi

lagrimita le salieron

alas y como una

linda gaviota

emprendió le-

jos su vuelo.



Entonces el delfín muerto de risa por mi asombro y la cara de susto que puse, me preguntó:

—¿Crees o no en mí y mis poderes mágicos?

No tuve que contestarle, él comprendió al ver mi rostro, que sí le creía y que, además, no le temía. Entonces le pregunté:

—Pero, ¿cómo podré lograr ser valiente en medio del golfo si le tengo miedo a los tiburones, tormentas y hasta los truenos?

El delfín sonriente y con cara alegre y despreocupada como si no creyera en mi miedo, me contestó lo siguiente:

—Si eres capaz de vencer ese miedo, tus deseos serán cumplidos y para ello solo tienes que pensar en los demás y no en ti. Hay una pequeña isla cuyo futuro luminoso depende de ti, de tu valor, de tu fuerza de voluntad. Batallar contra todo lo malo que en el viaje o travesía se presente y vencer todas las dificultades para que ese puñado de hombres que irán sobre ti, lleguen sanos a esa isla, te convertirán en protagonista. De ti depende y nada más que de ti, el que seas un buen barco marinerero, un buque insignia de una armada y, sobre todo, que nunca más estés tan triste y solo, porque miles de pioneros, orgullosos, te visitarán a diario, te dibujarán, reclamarán fotos tuyas... como prueba de su amor y gratitud.

Pero, además de ti, de tu heroísmo depende también que te coloquen dentro de la urna que viste hace poco, de manera que no mueras nunca, y lo más importante: tu valentía motivará que ese pequeño país llamado Cuba, sea ejemplo, faro y guía del mundo entero.

Cuando tengas miedo en la travesía, recuerda lo que te acabo de decir, solo así lo superarás.

Yo lo escuchaba, pero creo que mi temor aumentaba en vez de disminuir, ante cada palabra entendía menos, cómo iba a ser héroe con tanto miedo y, mucho menos, cómo llegaría a ser tan valiente como pronosticaba el delfín si mi barriguita hacía ¡catapún, ¡pun!, ¡pun!, catapún!, catapún!... cada vez con más fuerza.



Era tanto mi nerviosismo que, sin darme cuenta, me desperté y al mirar hacia uno y otro lado solo encontré a mi mal querida soledad. Mi amigo el delfín había desaparecido.

Pero mi asombro y confusión fueron mayores cuando comenzaron mis máquinas a funcionar y me trasladaron hacia la otra orilla o ribera del río que unos llamaban Pantepec y otros, Tuxpan. Llegué hasta allí casi sin percatarme. Parado en firme igual que un soldadito de plomo, esperé, aun con miedo, para ver qué sucedería. Era el 25 de noviembre de 1956.

Dormitaba, cuando alrededor de las ocho de la noche me despertaron ruidos y voces de personas que se acercaban. Sin darme tiempo a reaccionar, siento, de momento, que colocan sobre mi costado un tablón robusto, al tiempo que comienzan a subir por él unos hombres cargados de cosas. Entonces empezó mi verdadera odisea, yo creo que tan grande o más que la pasada por Ulises, ese que en los cuentos que escuché una vez, se demoró veinte años en regresar a su casa. Solo que como yo no tenía novia ni estaba casado como Ulises, si regresaba algún día a México nadie me estaría esperando, por eso consideré que sería mejor quedarme en Cuba definitivamente.

Para comenzar, trajeron, entre otras cosas, sacos llenos de naranjas, una caja con huevos, dos de leche condensada, cien pastillas de chocolate, cajas llenas de armamento y, como si fuera poco, se me subieron encima nada más y nada menos que ochenta y dos personas.

Pensé: “¡Caracoles! qué gandidos son, me ganaron, de verdad que me ganaron, mira cuánta comida llevan para un viaje tan corto”. Claro, la vida me demostró pocos días después que era poca y fue por ello que pasaron tanta hambre antes de llegar a la isla caimancito o Cuba.

Yo veía que entraban y entraban cosas, de verdad sentía que me iba hundiendo en el fango, poco a poco, y me decía: “¡Mi amigo el doctor de la justicia no parará esto! No se dará cuenta de que si permite que me sigan echando cosas adentro se va a tener que quedar, porque hace unos días me creí Hércules, pero no lo soy”.



Yo les gritaba y gritaba: “¡Caracoles!, están sordos o se hacen los sordos, no ven cómo me hundo”, pero ellos no hacían caso, no me miraban siquiera, solo subía y subía más gente y más gente sobre mí, sin siquiera darme las buenas noches. Me sentía tan lleno, tan lleno y gordo con tanto peso sobre mí que estaba como si me hubiesen inflado como un globo o como si hubiese comido unos cuantos platos de comida seguidos, unos detrás de otro.

—¡Ey!, ¡ea!, ¡epa!, esperen —volví a gritarles lo más alto que pude, pero nada.

Al fin, cuando creo que casi me voy a reventar y hasta desmayar de tanto peso, echan a andar mi cuerpecito, pero utilizan una de mis dos máquinas. Me molesto, sí, mucho, porque me mortifica que no se percaten del abuso que cometen conmigo.

Saco fuerzas de donde casi no las hay, me muevo de forma muy lenta y silenciosa. Entonces me dije, a modo de reto y consuelo: “Pues bien doctorcito y compañía, quieren ir a Cuba, pues allá vamos, pero les juro que van a saber quién soy yo”. Si



ustedes son valientes al montar tanta carga sobre mí sin miedo a hundirse, pues yo seré tan valiente como ustedes para soportar ese peso y no les daré el gusto de que me vean ahogarme. Por eso, “allá vamoos, allá voyy”, gritaba con todas mis fuerzas, cuando me acordé que en el fondo del río había un cable.

¡Qué susto!, creí que me iba a enredar en él. ¡Uf!, ¡qué alivio!, no me enredé. Pero veo que mis odiseas continúan.

¡Ayyy mi madrecita!, madrecita linda protégeme, protégeme, mira lo que tengo a uno y otro lado, dos cuarteles de militares, nada más y nada menos, si me ven me detienen, pues cuando hay mal tiempo como hoy no permiten la navegación, entonces no llegaré nunca a ser un héroe.

Más que asustado, porque del miedo me hice un poco de pipi en el agua, miré a ambos lados del río, pero por suerte la ciudad dormía. Si me descubrían no tenía donde esconderme, por eso me propuse: “Tengo que seguir, tengo que seguir”, lo decía tartamudeando y con los dientes chirriando, así avanzaba por el río, trataba de hacer el menor ruido posible para no ser descubierto desde las orillas.



Pasé frente a los cuarteles en silencio, pensaba, para que se me quitara el miedo, que si lograba llegar a Cuba con esta carga tan grande, entonces ¡sí sería un héroe!

Pero también me preguntaba: “¿Seré héroe de una causa justa?, sí claro, claro que sí, tiene que ser una causa muy justa para que este buen número de gente se arriesgue tanto”; así, repitiéndome una y otra vez lo mismo, trataba de consolarme hasta que, algo más conforme me dije: “Si esta gente está loca, yo lo estoy más”. Pues a Cuba, doctorcito, a Cuba te voy a llevar, ya lo verás. ¡Ay!, pero, al menos, ¿por qué no decidiste la salida con la claridad del día?

Además de mis pensamientos, lo único que me tranquilizaba un poquito, era la esperanza de que al llegar al golfo de México al menos encendieran mis ojitos o reflectores, lo cual me permitiría comprobar si el mar estaba libre de tiburones, de lo contrario navegaría más asustado de la cuenta. No obstante, tras un suspiro profundo que se me escapó, sin quererlo exclamé:

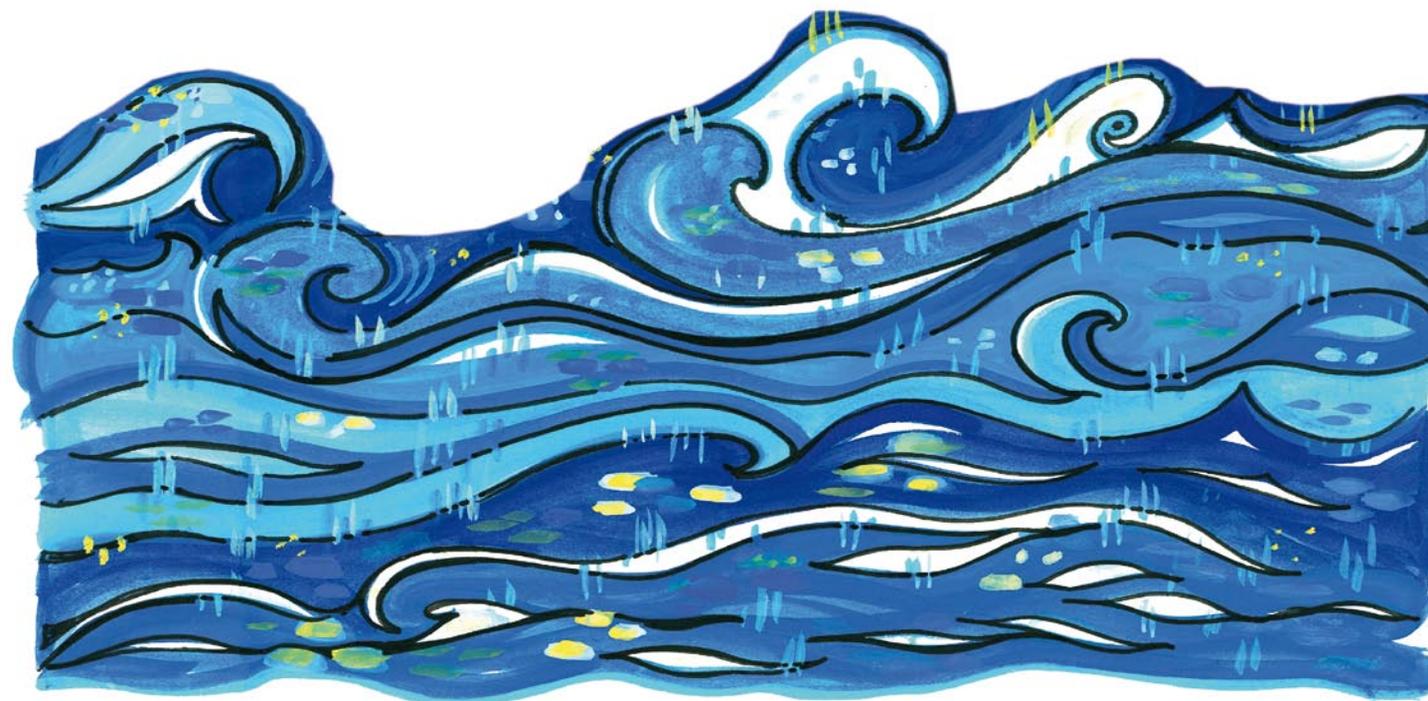
—¡Ay doctorcito, doctorcito de la justicia, si supieras lo que estoy pasando, de seguro te ibas a condoler de mí!

Pero, ¡qué equivocado estaba!, pues la entrada al golfo de México me erizó y me hizo gritar:

—¡Ea! ¿Qué pasa ahora? ¿Por qué esos golpes tan terribles del agua?

—¡Epa!, creo que me estoy mareando un poco, me mareooo, como si me hubiese tomado una botella de vino y, para colmo, las olas y la oscuridad casi no me dejan ver, el mar bate contra mí tan fuerte que por poco me viro y me vuelvo de nuevo al río. Me enderezo y sigo batallando para sacar mi cabeza o proa del agua.

Me siento como una cáscara de nuez bailando en el golfo de México.





En eso, doy un brinco grande porque me asusté mucho, pues además de lo bravío que estaba el mar, cuando más mareado me encontraba, sin avisarme siquiera, encienden bruscamente mis ojos o reflectores, y comienza una gritería enorme a mi alrededor.

Por suerte, tras el susto, inmediatamente, me deleito cuando escucho una canción muy emotiva, entonada tan enérgica y viril, por los ochenta y dos hombres que sobre mí iban, que llegó a lo más profundo de mi corazón.

Creo, si mal no recuerdo, decía así:

*¡Al combate corred bayameses,
que la Patria os contempla orgullosa;
no temáis una muerte gloriosa,
que morir por la patria es vivir!*

*En cadenas vivir es vivir
en afrenta y oprobio sumidos,
del clarín escuchad el sonido;
¡a las armas, valientes, corred!*



Terminé de escucharla con todo mi cuerpo erizado, de la cabeza a los pies, digo, de proa a popa, como exigía mi antiguo dueño cuando mandaba a limpiarme.

Para entretenerme primero y para darme ánimo después, en lo adelante, cada vez que sentía miedo cantaba esa canción, que más tarde supe era un himno, el nacional de Cuba y su título: Himno de Bayamo.

—¿Y sabes una cosa?, al cantarla siempre lograba que el miedo se me quitara y me volvía valiente, sobre todo, cuando repetía una y otra vez esos versos que dicen:

No temáis una muerte gloriosa,
que morir por la patria es vivir.

Imagínate cómo este himno me ayudó, que en lo adelante, cuando el miedo me dominaba lo cantaba, olvidándome de los tiburones, de que me llevaban a un país para combatir a un tirano, que ese país tenía la forma de un cocodrilo gigante durmiendo sobre el mar y que aún era desconocido para mí, aunque ya lo había visitado en viaje de recreo.



¡Alaba'ooo, en qué lío me han metido!, ¿verdad?

Bueno, ya es tarde para retroceder, me consolé, tienes que seguir adelante, primero muerto que desprestigiado ante el doctorcito.

La tranquilidad duró poco y grité desesperado:

—¡No!, ¡no! y ¡no!, esto sí que no, esto es el colmo, esto sí no lo soporto, eso sí no lo aguanto, ahora sí es verdad que se bajan de encima de mí, al agua sooo cochinos, al agua, acaso son sordos.

Pero nadie me escucha y yo siento cómo continúa corriendo por diferentes partes de mi cuerpo un líquido sucio, sucio, apestoso y abundante, miro bien y veo cómo ese líquido salía de las bocas de muchos de los hombres que sobre mí



parecían más muertos que vivos, entonces más que molesto pienso ¿es que acaso no tendré ni un minuto de paz?

Mis pensamientos los interrumpió uno de ellos, que era médico y trasteaba en busca de unas pastillas. Pero no sé para qué, pues aunque logró encontrarlas y algunos se las tomaron, la fiesta de los vómitos continuó.

Te voy a confesar algo, a ese olor desagradable no me acostumbré y era la causa de que yo también me sintiera mal, la única diferencia es que cuando yo vomitaba no lo hacía sobre ellos.

Desde ese instante hasta que llegamos a Cuba, entre el mar revuelto, los tiburones, las noches oscuras, el frío, el cansancio y la fatiga —pues me esforzaba para avanzar porque la carga tan enorme que llevaba era superior a mis fuerzas— mi vida se convirtió en un verdadero infierno, siete días terribles.

De esta travesía o viaje por mar solo recuerdo un momento grato para mí, fue cuando después de transcurridas las primeras sesenta y dos horas de navegación, todas de espesa bruma, de grandes olas y zarandeos, como si en vez de un barco fuera una licuadora, aparecieron los rayos del sol.

Este hermoso disco solar, con su color púrpura se fue hundiendo lentamente en el horizonte tras la estela espumosa que yo dejaba detrás en mi avance hacia el futuro y como si me avisara que por fin había vencido las impetuosas olas del golfo de México, que tantas veces trataron de comerme o beberme, al menos esa era la impresión que recibía cada vez que entraba en una de ellas. Entonces fue cuando aparecieron ante mi vista, por vez primera, los peces voladores, los delfines y un día nítido que invitaba a soñar.



Tantas cosas malas sucedidas durante el viaje acabaron con mis nervios, el más mínimo detalle me mantenía en tensión por largas horas. Para olvidar mi miedo trataba de prestar atención a todas las conversaciones que a bordo o sobre mí se realizaban. Así logré familiarizarme cada vez más con este grupo de hombres valientes, que como yo, estoicamente, pasaban hambre, frío, necesidad y grandes incomodidades, apilonados unos sobre otros, como sardinas en lata, frase que muchas veces escuché, sobre todo, en los puertos que visité.

Muchos momentos desagradables pasamos juntos. Recuerdo uno en que se acercaron dos embarcaciones y se armó un correcorre tan grande sobre mí, que después tuve que soportar varias horas de dolor, hasta la última tabla de mi cuerpo se resintió.



En dos ocasiones comenzó a entrarme agua, pensé que me hundía, menos mal que se percataron de lo arriesgado de la situación y supieron controlarla. Por poco me fallan las fuerzas y me doy por vencido.

Ya muy cerca de Cuba, fatalmente, uno de los hombres cayó al agua. Imagínate qué susto para ellos y para mí, que lo veía cuando la ola lo levantaba y por más que le gritaba:

—¡Aquí!, ¡aquí!, no me oía.

Por suerte fue rescatado, pero eso sí, tragó bastante agua salada.

—Pero, ¿quieres saber cuál fue el momento de la travesía peor para mí?, pues aunque no me creas, fue después de divisar la tierra cubana, que perdido el rumbo, dan la orden de embarrancarme, sabes lo que eso quiere decir, ¿no?,



pues lanzarme contra la costa, ahí sí creí que me moría. Comencé a temblar como un papel movido por el viento y en mi angustia gritaba:

—¡Auxilio, auxilio, auxiliooo!, no lo hagan, yo me porté bien, los traje vivitos a todos, por favor, no me maltraten ahora.

Pero nadie, nadie me escuchó y al fin me lanzaron contra la orilla.

—Ayyy, mi barriguita, mi barriguita, me entierro, me estrellooo.

Sobre un suelo fangoso, cansado, dolorido, por fin me doy por vencido. Sin embargo, fíjate qué contradicción, fue ahí, en ese instante cuando me sentí satisfecho, al ver cómo aquellos hombres desembarcaban el 2 de diciembre de 1956.

No me decían adiós, pero yo les agradecía que así fuera, porque de verdad quería un hasta pronto o hasta luego. Algún día, bajo otras circunstancias deseaba tanto volverlos a ver, a pesar de que antes de abandonarme a la suerte me trataron mal: arrancaron cables y todo aquello que evitara mi pronta navegación, yo estaba convencido de que los extrañaría porque los llegué a querer; así malolientes y andrajosos, los sentí mis amigos.

Ya casi todos habían desaparecido de mi vista cuando cae cerca de mí mucha metralla; la lanzaba un buque más grande, mucho más grande que yo, jabusador!, no se percataba de mi tamañito y lo indefenso que estaba; lograron asustarme lo suficiente, sobre todo, al ver un avión que también disparaba en mi dirección, y me desmayé.





Al despertar, sentí que era remolcado sin compasión alguna, me dejaron fondeado frente a unas costas desconocidas. Primero custodiado por unos jóvenes con ametralladoras y después, prácticamente abandonado comencé a enfermarme, el salitre ensuciaba mi piel, me sentí de nuevo solo, muy solo y pensé: “¡Qué tonto, yo que creí en el sueño del delfín dorado!, ¿qué clase de héroe soy?”.

Mi tristeza llegó a ser tan profunda que hasta el llanto se alejó de mí, nada me importaba, nada me interesaba, solo me preguntaba dónde estaría mi amigo el doctorcito. ¡Qué falso me salió!, me usó y ahora me deja podrir.

Así pasó mucho tiempo, unos cuantos meses, años, hasta que me trasladaron a remolque para un lugar que le decían el arsenal naval de Casablanca, allí me recibieron muy bien y me cuidó mucho un sargento llamado Rolando Novoa Pantoja. Tanto me atendió que nuevamente hice viajes. Entonces comencé a sentirme algo importante, pero no un héroe, bueno, lo más importante es que seguía soñando con serlo.

Después no sé qué pasó, en una de las salidas me dejaron en el puesto naval de Bahía Honda, y un día, recuerdo bien, el 8 de enero de 1959, me condujeron alegremente por la bahía hasta el puerto de La Habana.

¿Y sabes lo que pasó?, nooo. Bueno, no sabes a quien volví a ver, pues sí, al doctorcito de la justicia. Déjame contarte:

Cuando entré en la bahía de La Habana, había una



multitud muy alegre y yo pensaba que esa algarabía era por mi presencia, pero la modestia me permitió comprender que esperaban a alguien más importante que yo.

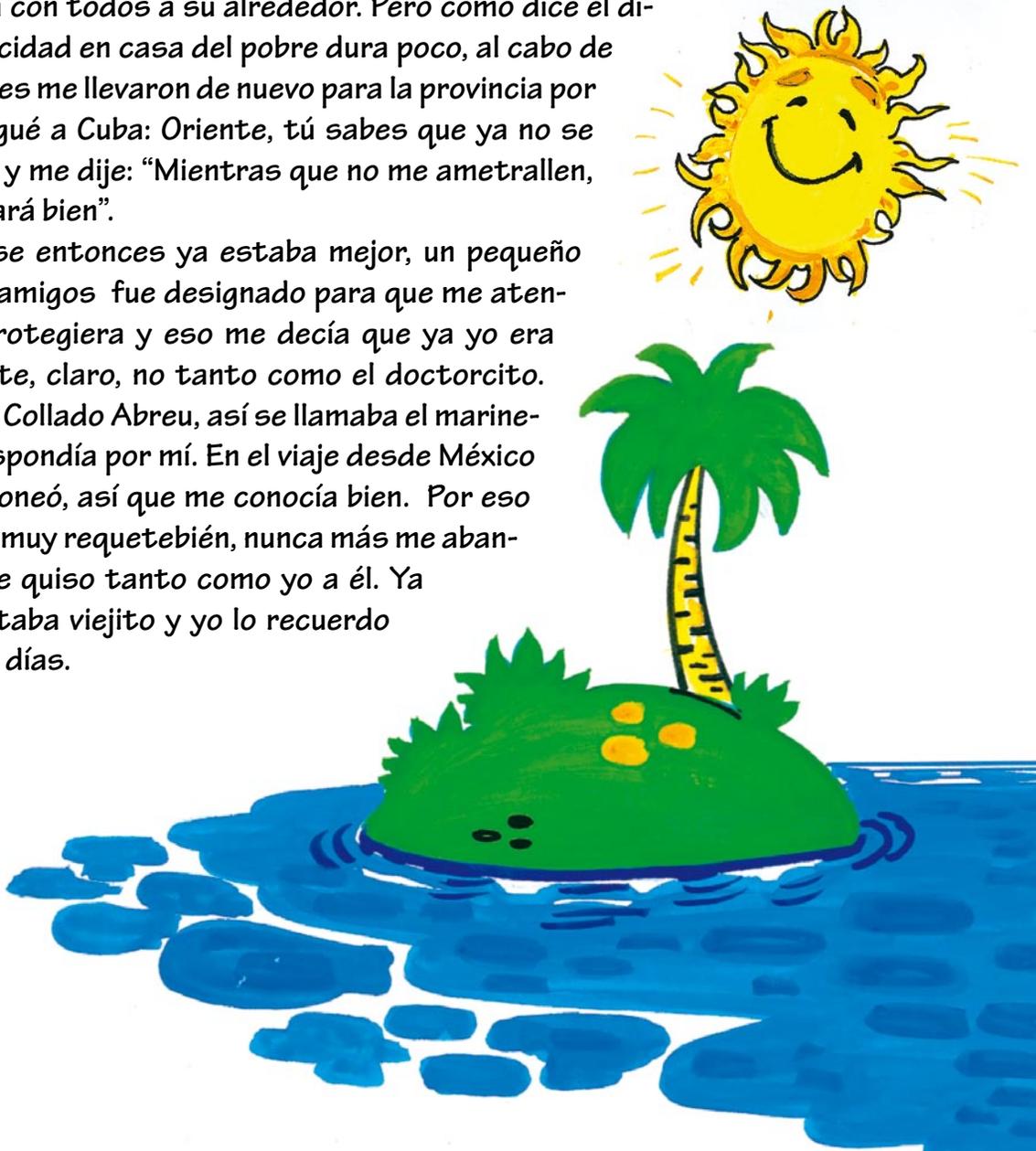
Me atracaron a un muelle, enfrente tenía un edificio muy lindo, donde estaba la Marina de Guerra. Apenas llegué me custodiaron. Al ratico muchas personas se me montaron encima o subieron a bordo, y uno de ellos era el doctorcito. La sorpresa me paralizó. Entonces me dije, a él, a él era a quien esperaban cuando entré al puerto, ¡qué bien caray!, yo también lo creo es más importante que yo, pues yo lo traje, pero él arriesgó más.

A bordo me tiraron fotos, más orondo no me podía sentir. Yo miraba al doctorcito y le decía:

—¡Viste, yo sabía que te volvería a ver!

Y sentía que él me escuchaba alegremente, pues sonreía y jaraneaba con todos a su alrededor. Pero como dice el dicho la felicidad en casa del pobre dura poco, al cabo de unos meses me llevaron de nuevo para la provincia por donde llegué a Cuba: Oriente, tú sabes que ya no se llama así, y me dije: “Mientras que no me ametrallen, todo estará bien”.

Para ese entonces ya estaba mejor, un pequeño grupo de amigos fue designado para que me atendiera y protegiera y eso me decía que ya yo era importante, claro, no tanto como el doctorcito. Norberto Collado Abreu, así se llamaba el marinero que respondía por mí. En el viaje desde México él me timoneó, así que me conocía bien. Por eso me cuidó muy requetebién, nunca más me abandonó y me quiso tanto como yo a él. Ya murió, estaba viejito y yo lo recuerdo todos los días.



En Oriente me volvieron a reparar, querían ponerme de adorno en el lugar por donde desembarcaron los valientes, entonces supe su nombre, Los Cayuelos, cerca de la playa Las Coloradas, pero no sé muy bien aún por qué me vuelven a traer para La Habana, por suerte para mí, porque hoy estuviera comido por los mosquitos. Lo que sí te puedo decir que a partir de aquí mi suerte mejoró año tras año, aunque tendría que sufrir nuevos dolores.

Participé como buque insignia en dos grandes desfiles navales, uno el 3 de agosto de 1963 en Cabañas y otro en el mismo lugar en el año 1972.

Estuve expuesto en el muelle del parque Almendares, ¡uf!, muchos años, y sabes para qué, pues para que me visitaran. Todo el que quería verme y oír mi historia, podía hacerlo. Entonces sí que me acostumbré a estar rodeado de

personas y a sentirme querido. Lo que esos amigos no saben es que yo los amaba y los amo hoy aún más, porque me dieron la mayor felicidad del mundo, sentirme útil.



Un buen día realizo mi última travesía, ¡cuánta felicidad!, a bordo se encontraban muchos de los que traje de México a Cuba y, por supuesto Fidel, así se llama mi doctorcito de la justicia, mi fiel y gran amigo, el Comandante en Jefe de la Revolución cubana.

Nuevas reparaciones le hicieron a mi cuerpecito. Hubo un momento que me quedé en cuero en pelotas y en otros creí que la picazón me comería, porque me echaban unos líquidos que me llegaban al tuétano, o más adentro de los huesos o entablado, otra vez, parece que no oían mis gritos de dolor, sobre todo, cuando me arrancaban pedazos y los sustituían con madera nueva. Solo me consolaba pensando en que si me reparaban de este modo tan violento, era porque me querían para algo importante.



La incertidumbre de no saber qué harían conmigo, me molestaba más que el encontrarme metido dentro de una nave cerrada, donde solo podían entrar las personas autorizadas para trabajar sobre mí. Al fin, poco a poco, quedé como nuevo y me sacaron de aquel encierro, ¡cuál no sería mi sorpresa! ¿Quieres saberla?

Mira, me trasladaron por la bahía hasta un muelle, me desmontaron de la grúa Pablo Sandoval en que viajaba, me pasearon por la avenida del puerto de La Habana llena de gente, que vitoreaba y clamaba por mí.

Yo no te sé decir cómo me sentía, porque me parecía estar flotando sobre las nubes, me resistía a creer que fuera el causante de tanta multitud, pero sí tenía la certeza de que algo grande sucedería. Miraba a uno y otro lado y solo veía un gentío que continuaba aclamándome y entonces me dije, desde hoy creo que voy a ser un héroe.

A partir de ese momento no supe más de mí, por el letargo en que me sumí, pues al hacer la entrada en un museo, llamado de la Revolución vi la urna que una vez salió del mar conmigo adentro, cuando el delfín dorado me la mostró.

Solo te puedo decir que al despertar plenamente y encontrarme en esa urna, me acompañaban mi querido amigo Fidel, al que llamaré siempre el doctorcito de la justicia; su hermano Raúl, y otros muchos expedicionarios que me rendían honores, entonces, solo entonces, sentí que aquella cáscara de nuez que fui y bailó en el golfo de México es hoy para el pueblo cubano un verdadero héroe, que nunca más volverá a estar solo.

El delfín dorado tenía toda la razón, por eso amiguita, amiguito, cuando vayas a verme al museo, recuerda visitar también el muro del malecón, porque puede ser que tengas la suerte que ese bello pez, salte en el agua para saludarte.



Amiguita, amiguito, ¿te gustó mi historia?, sí, entonces te diré que el título de ella lo inspiró el discurso de nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, en el acto estudiantil con motivo del aniversario 34 del asalto al Palacio Presidencial y la emisora Radio Reloj, el 13 de marzo de 1957, y que se publicó en el periódico *Granma* del 16 de marzo de 1991.

